



Leopoldo Alas (Clarín)

Del Quijote

Notas sueltas

Acabo de leer el Quijote otra vez. Soy de los que cumplen, en realidad, con aquel buen consejo de leerlo cada dos o tres años.

Carmen nostrum necessarium llamaba Cicerón a las Doce Tablas, que los buenos romanos aprendían de memoria.

El Quijote debiera ser el Carmen nostrum necessarium de los españoles.

Por desgracia, no lo es. Hay que confesarlo; entre nuestras muchas clases de decadencia hay que contar también esta; decae la lectura del Quijote.

En los escritores nuevos se va notando cada vez más lo poco que en su espíritu influye el mejor libro que tenemos, y el mejor que en su género tiene el mundo.

Se siguen citando ciertos tópicos quijotescos, las aventuras más sonadas; pero los más se conoce que citan... sin haber leído, como se repiten los refranes históricos sin saber de dónde vienen. Casi siempre se citan las mismas cosas; las más de la primera parte, y otras pocas de la segunda, que siempre son las mismas.

Una confesión general de los españoles declarando si han leído el Quijote entero y cuántas veces, nos daría un doloroso desengaño. Más vale que esa

confesión sea, de puro difícil, casi imposible.

* * *

Un escritor francés, no despreciable, decía no ha mucho estas o parecidas palabras:

«¡Pobre Don Quijote, cómo se le va olvidando!».

Yo creo que en la vida intelectual contemporánea, el Quijote influye mucho menos de lo que podría; porque, en efecto, es poco leído. Ciertas apariencias que un candoroso patriotismo se apresura a convertir en substancia nos dan la ilusión de que los grandes espíritus extranjeros leen mucho a Cervantes. Pero no hay tal cosa. Y es lástima, porque jamás ha habido tiempo (hablo de las alturas intelectuales) en que el Quijote pudiese ser comprendido, sentido y aprovechado tan bien como en el nuestro.

Mil veces, leyendo a mis filósofos, sabios, poetas y novelistas favoritos, de extrañas tierras, he pensado: ¡Qué lástima que este espíritu no hubiese penetrado y recordado bien el de Cervantes! La cita del Quijote estaba muchas veces indicada... y no venía. En Carlyle, en Renan, por ejemplo ¡cuántas veces la asociación de ideas llamaba al ingenioso hidalgo... y no venía!

Fuera de aquí, como aquí, las alusiones quijotescas abundan; pero en lugares comunes de generalidad evidente, que no revelan el directo e íntimo estudio del Quijote.

* * *

Shakespeare ha tenido mejor suerte. Ha sido estudiado, descubierto por la gran crítica, aun fuera de la misma Inglaterra, principalmente en Alemania. Shakspeare², traducido en alemán por un gran escritor, Shakspeare escribiendo en una lengua de genio semejante, en parte, al nacional alemán; Shakspeare interpretado, comentado; adorado por hombres como Schlegel y el Júpiter de Weimar, llegó a ser en el continente casi tan gustado y penetrado como en su isla.

Para Cervantes... ¡cuán distinta fortuna!

Verdaderamente familiarizado con él, yo no conozco a ningún grande hombre... Un día, en Covadonga, lugar sublime, pensé algo semejante: ¡Aquí no ha estado jamás ningún grande hombre, de esos de primera clase verdadera, de los que saben leer en la Naturaleza todo o casi todo su simbólico misterio!...

Llegar a Covadonga, mirar a la cueva, ver y oír la cascada... (y no ver las mil profanaciones que hay en torno), hace un efecto... épico, semejante, no sé por qué, a los tercetos del Dante. ¡El Dante en Covadonga... creyendo, como creería, en algo de Covadonga... y viendo aquello!...

No, en Covadonga no ha estado el Dante, ni cosa parecida.

El Quijote no lo ha visto, como él merece, ningún Gøethe. A Cervantes le pasa muy en grande lo que, no en pequeño, le está sucediendo a Pereda, y le sucedería a Zorrilla si quisieran traducirlo...

A Pereda le tienen asco los traductores en cuanto son un poco discretos.

Ven que aquel español tan español y tan de su amo... en rigor no se puede traducir.

A Cervantes le han traducido; pero... ni siquiera un Pope o un

Chateaubriand... un Viardot, por ejemplo; y Cervantes, por su españolismo, es un Pereda elevado al cubo. De otro modo: Don Quijote, no siendo en castellano, no es ni la sombra de Don Quijote; no se puede penetrar todo lo que en idea-forma y en forma-idea vale el Quijote, sin tener el castellano en los tuétanos.

Y yo no sé de ningún grande hombre extranjero (digo grande hombre, no digo erudito) que haya sabido el castellano de esa manera.

En tal sentido, lo mejor de Don Quijote está por descubrir.

* * *

Es claro que halaga mucho ver de cuando en cuando uno de esos elogios fervorosos, sinceros, que un gran pensador, un gran poeta extranjero, dedican incidentalmente al Quijote. Pero, ¿es eso tan poco en comparación de lo que sería si esos mismos hombres pudieran gozar del libro en todo lo que vale!

Lo común es que los más sustanciales y originales de esos elogios se refieran a la quintaesencia quijotesca, más o menos simbólica y subjetiva.

¡Y el mérito grande del Quijote no está ahí; es un mérito estético, literario, que brota en la forma, aunque viene de muy adentro!

¡Cuánto, por ejemplo, le agradecí yo a Boileau un espontáneo elogio de Cervantes en una carta a Racine, si no recuerdo mal!

Y a Heine, al querido Heine, ¡con qué ternura le admiré y amé allá en mi juventud, cuando llegué saboreando su hermoso lirismo, a aquel pasaje en que cuenta su entusiasmo por el caballero andante, y la lástima, la caridad que le inspira!

Y hace poco, ¡qué emoción tan fuerte y dulce la mía, al ver a Tolstoy³, al extraño, pero simpático místico... o lo que sea, penetrar, a fuerza de genio, la sublimidad (¡verdaderamente asombrosa!) del último capítulo del Quijote, de aquel resucitar a la razón de Quijano el Bueno!

Todo eso -con otro poco así que hay- es algo... pero casi nada, comparado con lo que debiera ser, con lo que sería, si Europa pudiera conocer a Cervantes tan bien, tan íntimamente, como conoce a Shakspeare.

A Cervantes le pasa con los extranjeros lo que le sucedería a Wagner... si hubiera que conocerle por las compañías de ópera de la legua...

* * *

¿Y los de casa?

Sin entrar a ver si aquí hemos tenido Goethes, Heines y algún Tolstoy que otro, me apresuro a señalar el hecho de que ningún gran pensador, crítico o poeta, ha estudiado profundamente a Cervantes.

No entra en el asunto de estas notas una burla cruel e injusta de los cervantófilos ordinarios que todos conocemos, y a muchos de los cuales apreciamos.

Si no a todos, a no pocos de ellos hay que perdonarles sus extravíos por la misma causa que hizo a Jesús perdonar los de la Magdalena.

Ni siquiera a los que han arrimado el ascua del cervantismo a la sardina de la propia vanidad o de las propias preocupaciones me decido a quererlos mal; pues tratándose del Quijote, el enemigo único es el que no lo conoce pudiendo conocerlo.

Harina de otro costal son los eruditos, sin manía, que han ilustrado la vida y obras del Manco de Lepanto, descartando a los pedantes insufribles

y cortos de vista; para los eruditos esos no puede haber más que respeto, gratitud y... asiduo estudio de sus indispensables noticias. Sin el trabajo minucioso y prolijo de la erudición literaria, que respecto del Quijote ya está hecho en gran parte, no se podría avanzar seriamente en una crítica más honda, psicológica y estética. Los eruditos, pues, han preparado el terreno para esa otra crítica... pero no han entrado en él; y los más prudentes, discretos y sabios no lo han intentado siquiera. Creo que era Menéndez y Pelayo quien no hace mucho lo reconocía así; y hasta me parece que invitaba a D. Juan Valera a emprender tal camino, que nadie, con justicia, podrá llamar trillado. Cosa rica sería, en efecto, un libro de Valera dedicado al Quijote por dentro, y acaso es el español de hoy más a propósito para tal empeño el autor de Morsamor...

* * *

En mis sueños de loca ambición vanidosa, de esos de que después nos da vergüenza, aun sin habérselos contado a nadie, no pocas veces se me ha ocurrido a mí dedicar mi vejez, si llego a ella, a escribir un libro que se titulase Cervantes. Más de la mitad de él sería para el Quijote... Le decía Un bachiller a Mefistófeles, creyéndole Fausto (El Fausto, -segunda parte):

«Mientras que nosotros (los jóvenes) hemos conquistado la mitad del mundo, ¿qué habéis hecho vosotros? (los viejos). Dormitar, reflexionar, soñar, pensar; ¡planes y siempre planes!».

Pues en esa edad a que me acerco, quisiera yo que este progreso indudable del juicio que siente uno dentro de sí (a cambio de tantas cosas que se van perdiendo) me hiciese digno de comentar el Quijote; no con los propósitos de un Clemencín -aunque sí aleccionado por la erudición de todos los Clemencines que hiciera al caso- sino con fines de psicólogo, estético y moralista.

No querría yo más recompensa que, para entonces, mi conciencia primero, y además amigos como Menéndez y Pelayo y otros pocos que me creyeran maduro ya para atreverme a decir algo del Quijote, con prudencia, sin sobresaltos de neurasténico, me aconsejaran tal empresa.

Mucho hay de vanidad en todo esto -atrás queda reconocido-, pero si alguna disculpa puede tener mi soñado atrevimiento es el considerar cómo la experiencia propia me ha demostrado ser verdad eso, que tantas veces se dice, de que la lectura repetida del Quijote es una medida del adelanto de la propia psiquis.

Sí, sí; yo, por lo que a mí toca, lo juro; he observado el fenómeno. Siempre que vuelvo a leer nuestro libro, la Biblia profana española, veo en él cosas nuevas, cada vez más sustanciosas, más profundas. El libro siempre dice lo mismo, pero yo lo voy entendiendo más y mejor, según la vida va enriqueciendo mi experiencia con acciones y pensamientos.

¿Por qué en sueños de ambición a lo menos, no he de atreverme a desear que mi vejez aumente el peso de mis reflexiones serias, saque el jugo mejor de mis lecturas, y por esto la del Quijote entonces me haga ver en él algo que no sea indigno de que los demás lo sepan, aun siendo obra de quien ni siquiera puede llamarse sin eufemismo, una medianía?

Por sí o por no, y por si yo llego a la suprema etá en aquel estado en que

el mismo Marco Aurelio ve cosa tan triste que sólo le encuentra como remedio el suicidio, bueno será que D. Juan Valera, que llegó joven a la vejez, nos deje algo de lo que a él le hace pensar y sentir el Quijote.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

